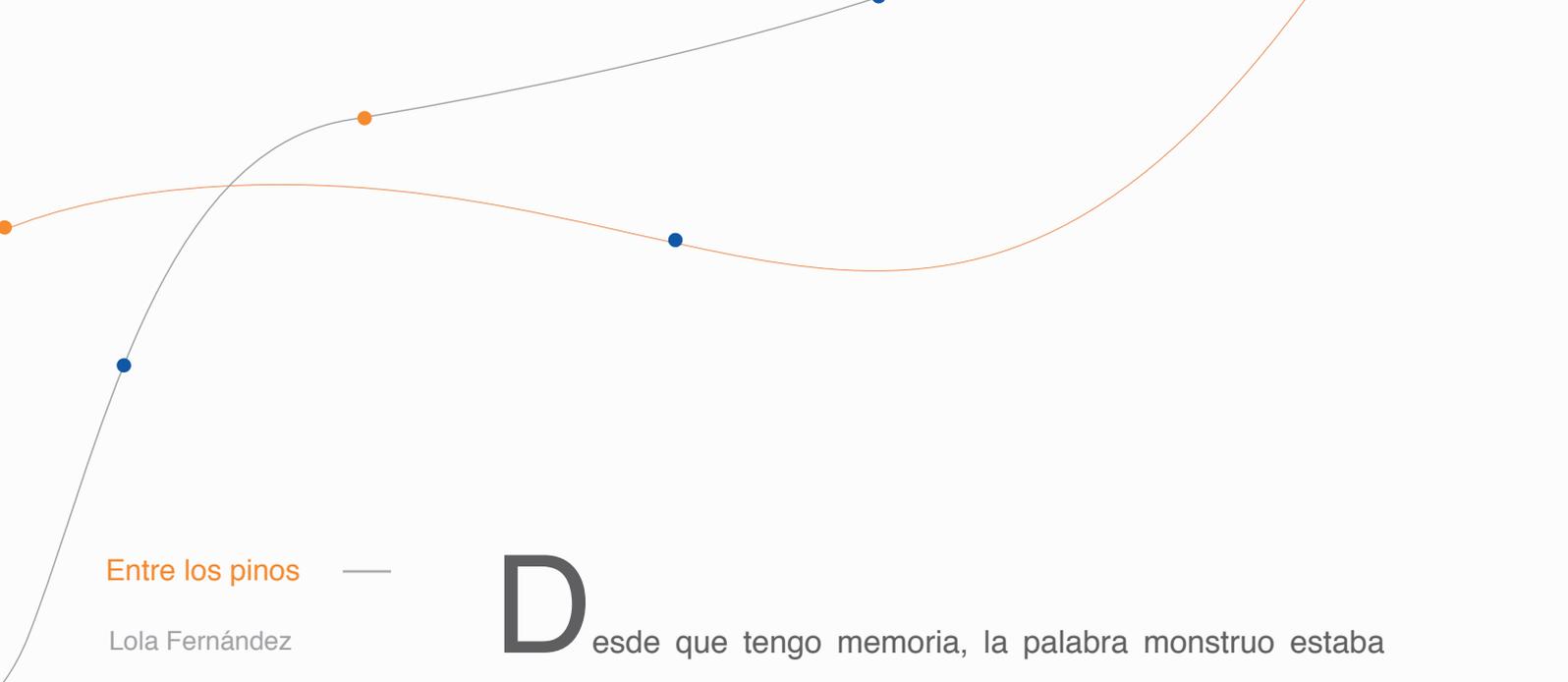


Entre los pinos

Lola Fernández



Entre los pinos

Lola Fernández

Desde que tengo memoria, la palabra monstruo estaba asociada para mí a algo negativo, maligno y extraño. Nunca creí que eso cobraría tanto sentido luego de aquella noche. Siempre me fue difícil poner esto en palabras, no sé si sea por la complejidad de los hechos o es que aún no logro comprender qué pasó. Iré directo al punto y empezaré mi relato de cómo una vez tuve un encuentro cercano con uno de estos seres. Sé que suena raro y tal vez me taches de loca, pero sentí que ya era momento de contarlo.

Hace un par de años atrás, me vi envuelta en una serie de eventos encadenados unos con otros, maquinados por el universo o algo así. Acabé varada en medio de la nada, en una fría y desolada noche de julio, con mi auto roto, un par de billetes arrugados en el bolsillo, mi teléfono a punto de quedarse sin batería; el cartel imponente, que marcaba la existencia de una estación de servicio, alzándose frente a mí, y el presentimiento de que nada bueno saldría de esta situación. Tenía razón, en

Entre los pinos

Lola Fernández

efecto, nada bueno salió de allí. Con el corazón en la mano, me dispuse a caminar dentro del local que tienen todas las estaciones de servicio donde se puede comprar comida, bebida y otras cosas. Al entrar, un aroma a desinfectante barato de baño y café instantáneo me recibió, golpeando mis fosas nasales. Me acerqué a paso lento hacia el mostrador, donde un chico estaba sentado viendo su teléfono y con una taza de café junto a él. Caminé hasta quedar frente al muchacho que parecía ser más grande que yo. Carraspeando un poco, esperé a que me mirara y pudiera hablarle. Cuando lo hizo, sentí un escalofrío recorrer toda mi espina dorsal. Él alzó ambas cejas y habló.

—¿Necesitas algo, linda?— sonrió levemente de lado al formular la pregunta. Vacilé antes de contestar, pero meforcé a hablar de todos modos.

—Yo... — volvió a alzar ambas cejas impacientemente—. Mi auto se paró y no logro hacer que arranque—. Señalé con mi dedo la puerta del establecimiento en dirección a mi auto.

—¿Intentaste revisar la gasolina?— preguntó, claramente en

Entre los pinos

Lola Fernández

— tono de burla. Yo arrugué mi nariz ante su cuestionamiento.

—Claro que lo hice y no es problema de la gasolina, creo que es la batería— suspiré agotada—. ¿Podrías salir a ayudarme, por favor?— supliqué, esperando una respuesta del chico. Él resopló, levantándose de la silla.

—Bien... ¿Dónde está el auto?

—A unos metros de la entrada de la estación— mi voz salió más baja de lo que esperaba y él solo me miró, asintiendo.

El muchacho fue a la parte de atrás del local y luego de unos minutos, volvió con una caja de herramientas. Pasó junto a mí en dirección a la salida y yo lo seguí de cerca sin emitir un sonido. Cuando salimos, el aire frío de la noche me heló la sangre, rozando mi piel. El muchacho se dio vuelta abruptamente, haciéndome saltar en mi lugar y frenar en seco.

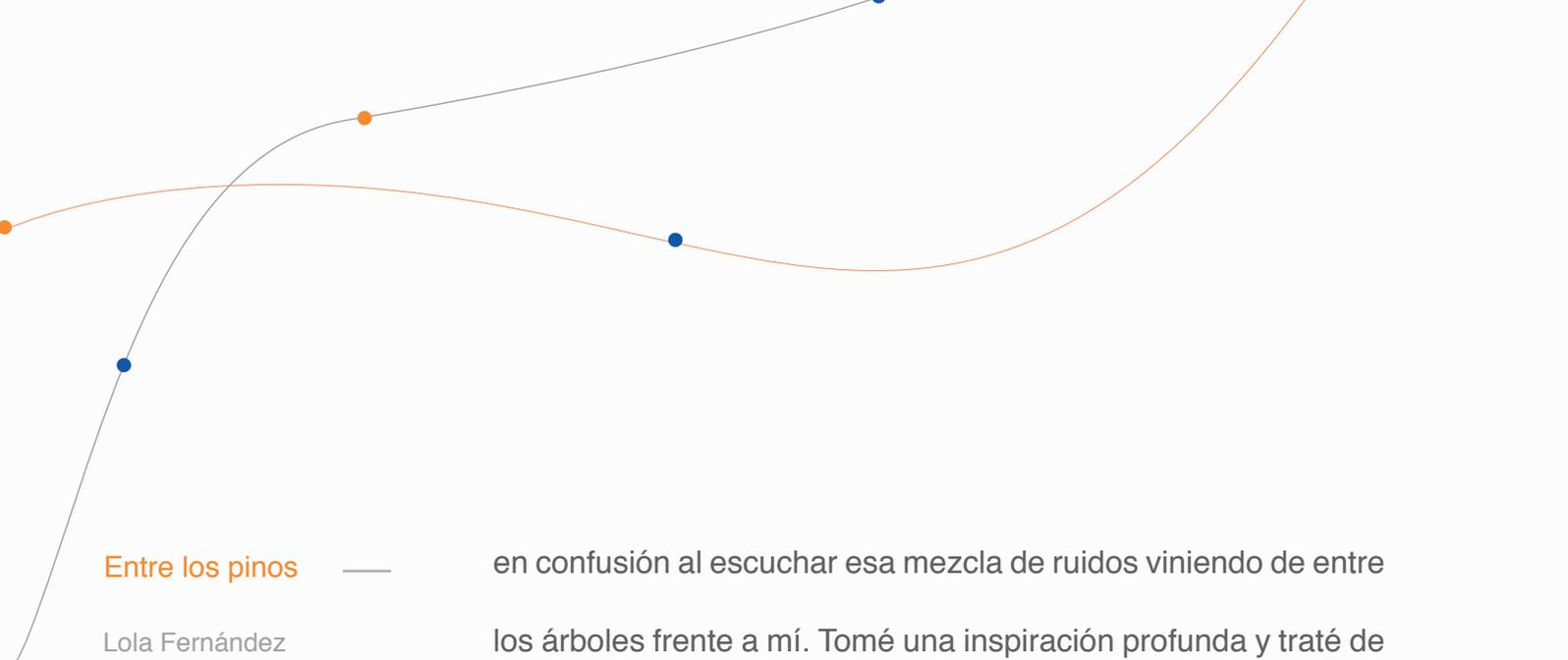
—Quédate aquí— dijo seriamente y comenzó a caminar hacia la carretera, que une la infinidad de árboles de pino que nos rodean y la pequeña ciudadela de luz, que es la estación de servicio. Yo solo me quedé mirándolo hasta que desapareció en

Entre los pinos

Lola Fernández

la oscuridad.

Volteé a ver a todos lados, esperando encontrar a algún otro empleado por ahí, pero no vi nada. Todo lo que se podía apreciar eran las luces incandescentes de la estación de servicio. El lugar era bastante precario en cuanto a equipamiento. Había tres bombas de gasolina, una sola de aire y un pequeño espacio apartado para lavar los vidrios y cubiertas de los autos visitantes. El pavimento bajo mis pies comenzó a crujir mientras caminaba de un lado a otro lentamente, esperando que el chico volviera para decirme que mi auto estaba listo y podía marcharme de este tétrico establecimiento. Y como si quisiera responder mi pregunta, comencé a captar movimiento entre los pinos, a un costado, frente al edificio. Se escuchaba cómo las hojas y ramas secas crujían y se removían al tiempo que el muchacho se acercaba, pero había algo que no estaba bien. Sus pasos eran pesados y lentos, como si cargara algo consigo. El tintineante sonido de unas cadenas se escuchaba a la vez que los pasos y rasguños, que eran arrastradas por el piso. Mi rostro se arrugó



Entre los pinos

Lola Fernández

en confusión al escuchar esa mezcla de ruidos viniendo de entre los árboles frente a mí. Tomé una inspiración profunda y traté de agudizar mi visión y ajustarla a las penumbras.

Y de repente, de las sombras salió una criatura gigante y aterradora. Parecía salida de las mismas entrañas del universo. Su piel estaba cubierta de un pelaje completamente oscuro, enredadas a sus brazos y espalda había varias cadenas de considerable tamaño, que eran acarreadas por ese ser. Mirándolo de arriba a abajo, sin poder creer lo que mis ojos estaban viendo, pude observar sus garras afiladas y listas para desgarrar lo que sea que se le pusiera enfrente. Sus cuernos gruesos y retorcidos se encontraban a los lados de su cara, dándole un aspecto más demoníaco y salvaje.

Logré divisar sus enormes dientes y varias marcas a lo largo de su cara. Tenía un hocico prominente y su aspecto no era muy diferente al de un oso, solo que esta criatura llegaba a tener el doble de tamaño y sus facciones eran demasiado humanas.

Cuando volví en mí, lo encontré mirándome fijamente con esos

Entre los pinos

Lola Fernández

ojos que parecía que estuvieran irrumpiendo en mi alma y desgarrándola, provocando un huracán en ella. Automáticamente, comencé a caminar hacia atrás sin poder dejar de mirarlo.

Comenzó a caminar en mi dirección y pude percibir el hedor nauseabundo que despedía y se filtraba por mi nariz, provocándome deseos de vomitar. Mi cuerpo entero estaba temblando completamente, aferrado a la pared del establecimiento.

La criatura se acercó quedando a tan solo centímetros de mi ser.

Me miró fijamente a los ojos y con un rápido movimiento alzó una de sus patas e hizo un corte algo profundo en mi brazo izquierdo, desgarrando la chaqueta que llevaba y mi camiseta

junto con esta. Solté un grito ensordecedor y sujetando mi brazo, ya casi color carmesí, me encogí en mi lugar observándolo con

miedo. El monstruo gruñía frente a mí, sin alejarse un centímetro

y se quedó ahí por unos minutos, hasta que finalmente soltó un grave aullido y comenzó a retroceder, cargando sus cadenas

con él y dejándome en el piso de la estación de servicio. Se puso

a cuatro patas y caminó lentamente hacia los pinos por donde

Entre los pinos

Lola Fernández

— había venido, desapareciendo en la penumbra y...

—Espera, espera, espera...— me interrumpió Adam, mojando sus labios para luego volver a hablar—. ¿De qué estás hablando?— Suspiré algo decepcionada.

—Adam, yo solo te estoy contando lo que...— él volvió a interrumpirme y me tomó por los hombros, mirándome.

—Oye, tú más que nadie sabe que me gustan mucho tus historias, pero no soy idiota.

¿De verdad esperabas que creyera que eso pasó realmente?— Adam me observaba, me analizaba, buscando algún vestigio de diversión en mis ojos o en mi rostro. No sé por qué pensé que se tomaría esto en serio, aunque nadie lo ha hecho y nadie lo hará. Contra todos mis impulsos y deseos, puse una sonrisa falsa en mi rostro y hablé, tratando de encontrar mi voz.

—No, yo...— suspiré—. Solo quería que nos entretuviéramos un rato, solo era una broma.

Adam se relajó y con alivio en su mirada me respondió.

—Descuida, sé que a veces se te puede ir la cabeza en tus

Entre los pinos

Lola Fernández

ideas, con esa imaginación tan grande que tienes— se puso de pie y caminó a la cocina, dejando un beso sobre mi cabeza al pasar junto a mí.

—Sí...— murmuré para mí misma tomando mi brazo izquierdo y acariciando la cicatriz ya casi imperceptible en él—. Son solo ideas...